Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 16

Arte, deporte y educación

Rugarcía Torres, Armando

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/463

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

Magistralis, no. 16, enero-junio, 1999

MAGISTERIO

ARTE, DEPORTE Y EDUCACIÓN

Armando Rugarcía*

Introducción

Vaya título tan agresivo para mi experiencia y formación. Es como si a un ignorante le pidieran escribir precisamente sobre lo que ignora o a un obeso hablar de ejercicio. Pero así son los retos de la vida en general y de la academia en particular. Nadie nos enseña explícitamente a ser padre o madre, ni a ser pareja o amigo, ni a aprender o resolver, ni a valorar o decidir, ni a amar o recibir amor... Estas son cosas de las que se encargan simultáneamente la vida y la educación.

Por eso es que no pude resistir la tentación o el reto que me plantearon un par de profesores de arte despistados después de un diálogo con varios de ellos: "¿por qué no ha escrito nada sobre arte y educación?", y "¿qué con el deporte y la educación?", "¿qué el deporte y el arte no le importan?" Una risa miedosa me aconteció al tiempo del planteamiento, pero después de unos segundos prometí revisar el asunto y escribir algo al respecto. Este es el punto alfa de este ensayo; el omega lo es usted, maestro de arte o entrenador de deportes.

Creo que lo mejor es tratar los asuntos que competen por separado y luego integrarlos. En el primer apartado diré una palabra sobre el arte y el deporte, en el segundo sobre la educación y en el tercero sobre su integración. Termina este relato con conclusiones y referencias.

---

* Rector de la UIA-GC.

NOTA: Agradezco la revisión y los comentarios a este escrito de Martín López Calva, Gabriel Anaya y Jorge Abascal.

Arte y deporte

La actividad artística y la deportiva caminan de la mano en algunas universidades o escuelas y en otras no. Es más, en algunas instituciones educativas omiten una, la otra o las dos.

Este hecho me fuerza a considerar primero una actividad y luego la otra para tratar posteriormente de revisar su posibilidad de integración, teniendo presente el contexto educativo en el que desde su inicio este ensayo se ha ubicado.

Arte

En sus diversas conceptualizaciones históricas, el arte siempre se ha asociado al hombre y a sus expresiones concretas en cuanto derivadas de su interacción con el entorno.

Si uno pregunta a universitarios qué es el arte, obtiene respuestas como: "lo que está en museos", "lo que alguien dice que es bello", "lo que produce la imaginación del hombre", "lo que por sí mismo es bello", "aquello de lo que se encarga la creatividad", "lo que difiere de la ciencia", "aquello que logra sensibilizar al receptor",...

Una mujer del campo, quizá sintiendo su engañosa incapacidad de percepción artística, comentó que el arte es "algo producto de la brujería".

Algunos expertos que por su especialidad han tenido que coquetear con el arte dicen que: "el arte es una metáfora que revela la naturaleza del mejoramiento moral" (Johnson, 1993, p. 210); "el arte, o dice algo del hombre, o no dice nada... y, entonces, no es arte" (Anaya, 1996); "la obra de arte es una expresión concreta, materializada (podemos escucharla, mirarla, tocarla, olerla, gustarla), de una voluntad humana puesta con determinación en el camino del amor" (Aceves, 1997); "el arte es la representación abstracta de la realidad percibida" (Winther, 1998).

Hasta aquí podemos sacar algunas conclusiones preliminares: el arte es un producto del hombre, cuya principal característica es ser bello. Hasta ahora se deja de lado el disfrute del arte o su empleo en la tarea educativa.

Veamos si los artistas agregan o quitan algo a la noción anterior.

Durante una conferencia (o mejor dicho, al final de ella) de uno de los pintores más famosos que aún vive en México, un alumno inocente le preguntó qué es el arte. Ni tardo, pero sí con calma perezosa contestó: "arte es lo que yo hago". Esto es algo que ha llamado mi atención al correr los años. Parece ser que la concepción del arte por quien lo hace, o cree que lo hace, elimina a quien lo va a experimentar o inclusive juzgar. ¿Será que la "soberbia" está en el artista o en el arte? Quizá ni lo uno ni lo otro y procede parafrasear a Unamuno: un pedante es un estúpido adulterado por el estudio o la habilidad.

Por supuesto que hay otros artistas o expertos en arte con posturas diferentes.

Los espejos se emplean para verse la cara, el arte para verse el alma, dice B. Shaw. El arte, afirma Aristóteles, tiene la finalidad de dar cuerpo a la esencia escondida de las cosas, no en copiar su apariencia.

Lévi-Strauss considera el arte como un lenguaje o sistema de signos cuya función es, ante todo, establecer una relación significativa con un objeto.

Auguste Rodin (en Goicoechea, 1952) dice que el "arte es contemplación. Es el placer reservado al espíritu que penetra dentro de la naturaleza y adivina en el alma de que él mismo está animado. Es la misión más sublime del hombre, pues consiste en un empeño de la inteligencia por comprender y hacer comprender al mundo".

Max Ernst plantea su postura acerca de la relación del observador con la obra de arte: "el arte no tiene nada que ver con el gusto. No existe para que se le pruebe".

El arte, según Carlos Mérida, es una porción de la naturaleza y participa de cosas espirituales: llena el espíritu del hombre porque éste tiene necesidad de su función estética (Mérida, 1987, p. 164).

Para Kandinsky, el arte no necesariamente es una descripción de objetos: "la objetividad no era necesaria en mis pinturas, es más, las perjudicaba", cfr. *Enciclopedia Salvat* (1979).

Merece la pena develar las posturas de estudiosos del arte referidas en publicaciones para uso general o especializadas.

La palabra arte viene del latín *ars*: "Virtud", disposición e industria para hacer alguna cosa. Acto mediante el cual, valiéndose de la materia, incita o expresa el hombre lo material o lo invisible, y crea

copiando o fantaseando. En cuanto a su origen, el arte se opone a naturaleza porque es hechura del hombre; aunque también se puede alimentar de ella. Pareciera ser que el arte es una expresión de lo más íntimo del hombre, que presupone cierta interacción de la interioridad humana con su contexto.

En un sentido amplio, el arte se puede referir a todo procedimiento para obtener un fin, sea éste de orden técnico, moral, político, lógico, estético, etc. Aquí se confunde arte con método o estrategia. Pero en sentido estricto, arte es toda producción de belleza, toda creación de belleza por el hombre.

La pregunta por "lo bello" surge de inmediato: ¿qué es?, ¿quién es el juez de aquello?, ¿todo lo que produce la interioridad humana es bello? Pues ni pregunten: "lo que los expertos dicen que es bello lo es". Esta migaja de respuesta, de la que veremos adelante sus implicaciones educativas, contrasta con otras posturas como la de Ibsen: la belleza es un acuerdo entre el contenido y la forma; la de Borges: la belleza es ese misterio hermoso que no descifran ni la psicología ni la retórica; o aquella peculiar de Ortega y Gasset: la belleza que atrae rara vez coincide con la que enamora.

El contenido de algunas conocidas definiciones de lo bello como "el esplendor de la verdad" (Santo Tomás), "la manifestación sensible de la idea" (Hegel), "el reconocimiento de lo general en lo particular" (Schopenhauer), "una promesa de felicidad" (Nietzsche) o la "brillante pre-figuración de la realidad total" (Bloch) complican el asunto.

Una pregunta que hasta ahora sale a empujones corresponde a la finalidad del arte. Kant dice que el artista (no la obra) no persigue al crear ningún fin más que el de la creación misma, es una especie de finalidad sin fin. El arte para muchos, como la verdadera ciencia, no tiene ningún propósito utilitario. Uno anda en busca de lo bello y la otra de lo verdadero, cfr. *Diccionario enciclopédico Quillet* (1979, II, pp. 93-94).

Parece que todo esto quedó atrás en la historia, pues algunos teóricos, como Guyan, afirman que el arte no es producto del individuo sino del grupo social. Esta tendencia ha inspirado en este siglo a los sostenedores del arte dirigido, es decir, del arte puesto conscientemente al servicio de fines políticos y sociales, concepción opuesta a

la del arte por el arte sostenida en el siglo XIX. ¿Conoce algunos literatos, poetas, pintores... que sirven a intereses políticos o económicos? Yo sí.

Por ello se tiende a conceptualizar el arte como la máxima expresión de libertad, a un grado tal que con frecuencia lo bello se desvanece del escenario. Se empieza a confundir expresión libre con expresión bella de manifestaciones artísticas. Por ello Robalo (1997) afirma que las cosas cuando nos expresan nos liberan.

Algo similar le sucede a la ciencia: con frecuencia se acepta como verdad sin mayores miramientos aquello dicho por un hombre o una mujer de ciencia. Es más, basta con que salga en la televisión para que la gente lo crea.

Una palabra acariciada por filósofos o teólogos de la talla de Santo Tomás, pronto encuentra apellido y así nace el artesano, el arte gótico, las artes plásticas, el arte cinematográfico (llamado séptimo arte) y hasta las artes visuales. El arte comercial, cuyo real nombre es comercio del arte, hace su aparición en las postrimerías del siglo XX, que probablemente será llamado el siglo económico.

Las obras maestras tienen a los ricos por esposos y a los pobres por amantes.

La historia del arte va bautizando formas de expresión artística: pintura, escultura, música, teatro, arquitectura, danza, cine.

"Una pintura es un poema sin palabras". Horacio.

"La poesía se escribe cuando ella quiere". José Hierro.

"La pintura es poesía muda; la poesía, pintura ciega". Leonardo da Vinci.

"Un pintor es un hombre que pinta lo que vende. Un artista, en cambio, es un hombre que vende lo que pinta". Pablo Ruiz Picasso.

Parece que hablar de arte quiere decir hablar de la obra y quien la produce; el espectador con frecuencia es excomulgado.

Deporte

Del deporte más se habla que se escribe en la actualidad. Sin embargo, veremos algunas cuestiones históricas.

Desde tiempos antiguos el deporte se ha considerado como una recreación que moldea el cuerpo. Los griegos asignaron a la educación

física un lugar preponderante. Los juegos olímpicos se instituyeron 776 años *a. C.* y se continuaron sin interrupción hasta el siglo XIII. En el siglo XVII filósofos como John Locke y J. J. Rousseau promueven acercar al hombre a la naturaleza como parte de su educación.

Los verdaderos creadores del deporte moderno fueron los ingleses, en la primera mitad del siglo XIX en sus colegios.

Por ello Schiller dice que el arte se funda en la tendencia al juego, lo mismo que funda al deporte.

Hoy se dice que el deporte libera tensiones y que el arte las expresa.

Poco se escribe del deporte, quizá porque mucho se difunde por los *mass media*.

El deporte, como casi todo lo demás, ha sido carcomido por los intereses económicos. En unas décadas el pago anual a atletas de renombre ha pasado de miles a millones de dólares.

No está por demás resaltar el fanatismo que la competencia deportiva genera en gran parte de la población de cada vez mayor número de países. El campeonato mundial de futbol de 1994 fue presenciado por 5 mil millones de personas sumándolas por todos los partidos, y el de 1998 fue visto por 37 mil millones, es decir, siete veces más, en tanto que la población mundial en cuatro años aumentó sólo en 6 %.

Es curioso el contraste entre publicaciones sobre deportes y sobre arte: aquéllas más abundantes, accesibles y llenas de datos; éstas, las de arte, de menor tiraje y cantidad, dirigidas a un público selecto y cuajadas de ideas y expresiones.

Aunque el arte y el deporte se basen en lo lúdico, según Schiller, su devenir en la sociedad contemporánea es ciertamente diferente: uno popular, el otro selectivo; uno bien remunerado, el otro no tanto, sobre todo mientras el artista vive; uno se ha apoderado de escuelas y universidades, el arte no tanto; uno nace y termina en la interioridad humana, el otro parece brutalmente corporal; con mayor dignidad académica el arte; éste último más presente en bibliotecas que el deporte; para el arte mayor cantidad de museos, para el deporte de estadios; el deporte es fugaz, temporal, el arte guarda esencias de eternidad; uno hace reflexionar, el otro no. Ambos, la obra de arte y el evento deportivo, cuajados de intereses comerciales en los tiempos que corren.

En ambientes familiares, escolares o universitarios se escucha la resonancia de frases alegóricas sobre el deporte y su importancia en

la educación de niños y jóvenes. Algunas de ellas son: "el deporte ayuda a la coordinación motriz", "se aprende a ser competitivo", "estimula la cooperación o el trabajo en equipo", "se aprende a perder y a ganar", "estimula la amistad", "el deporte permite liberar tensiones", "el deporte forma el carácter"...

Educación

Sólo una palabra sobre la educación, extraída de otras publicaciones (1995, 1998 y 1998a).

Hay dos aproximaciones para establecer lo que la educación es: una se desprende de la naturaleza humana y otra de la situación social, que a su vez depende de los grupos, instituciones y personas que la conforman. Una vertiente es filosófica, otra sociológica. Una aproximación tiende a ser más estable y generalizable; la otra es dinámica, circunstancial, geográfica.

Para la primera, la educación es la consecuencia necesaria ante el hecho de que el hombre no nace terminado, se tiene que ir haciendo durante su vida: desde que es parido hasta que es enterrado. Se quiera o no, el hombre se hace hombre en su vida, la educación, en sentido amplio, se encarga de ello. La educación es parto inagotable de lo humano. La ganancia en humanidad, el perfeccionamiento humano, es la consecuencia de la educación. La educación es confección humana.

Quizá este planteamiento permita un acuerdo generalizado, pero lo que está sujeto a disputas interminables es qué es lo que hace al hombre, hombre; qué lo perfecciona, qué lo desarrolla como tal. Estamos hablando de nosotros mismos, del sentido de la tarea educativa, de toda tarea educativa, para todo tiempo y toda circunstancia, cfr. Fullat (1986) y Rugarcía (1998).

Desde la segunda aproximación, la social, se plantearían así las cosas: "educar es preparar para la vida". Esta postura busca en la sociedad las destrezas, contenidos y aprendizajes que ella, la sociedad, demanda. Por ejemplo, hoy no se puede concebir un egresado universitario que no sepa inglés ni manejar con destreza una computadora y su paquetería misteriosa.

Este planteamiento peca de lo mismo que el filosófico, es decir, a nivel general es ciertamente inobjetable, pues se trata de preparar a niños y jóvenes para enfrentar la vida hoy. Creo que sólo un necio objetaría esto. Pero el asunto clave de la tarea educativa para hacerla operativa es desenmascarar la pregunta implícita que subyace: *¿qué prepara a una persona para enfrentar la vida?* Aun el inglés y la computadora tendrían objeción para algunos grupos sociales.

Aquí voy a tratar de contestar, de dar una respuesta a la pregunta clave de la educación: ¿qué hace a un hombre educado? Esta pregunta implica, como ya se dijo, dos cuestiones alternas dependientes de la plataforma de respuesta (filosófica o social): ¿qué lo perfecciona, qué lo mejora o qué lo desarrolla? ¿Y qué lo prepara para enfrentar la vida? De tal manera que las respuestas se pueden asumir como la finalidad de la tarea educativa en cualquier ámbito en que la educación intencionadamente se persiga. Con esto destaco que la institución educativa, familia, escuela y universidad, cuyo rasgo social es educativo, se encarga prioritariamente de educar. La tarea educativa implica primero establecer su finalidad y luego los procesos, métodos y recursos para lograrla. Ante tal planteamiento, la respuesta a la pregunta por la finalidad tiene que establecerse de manera "observable" para así poder atar eficazmente acciones y recursos con resultados.

Estamos buscando la finalidad de una institución educativa desde lo social o lo filosófico. La duda que desde ahora se presenta es si las finalidades coinciden o no. Veamos.

Tomemos la vertiente social, es decir, intentemos contestar a la pregunta "qué prepara para enfrentar la vida". En otro escrito (1998) fundamento que toda necesidad social se puede traducir, educativamente hablando, en tres rasgos genéricos de un egresado: conocimientos, habilidades (de pensamiento y afectividad) y actitudes conectadas con valores. Los conocimientos por aprender, las habilidades por desarrollar y las actitudes por reforzar, dependen de la percepción de las necesidades sociales de acuerdo con el nivel escolar o los estudios profesionales de que se trate.

Sin embargo, lo que se aprende en la escuela se olvida al paso del tiempo, es más, antes de terminar la escuela se olvida la gran mayoría de las cosas que se aprendieron y que no se siguieron usando. Este hecho plantea una pregunta acuciosa: ¿para qué sirve la escuela si lo

que se aprende se olvida? ¿Cómo es posible atender las demandas sociales con "nada" en la cabeza?

Una de las más de cien definiciones de educación derivada de una postura filosófica parece emerger a la superficie y resolver el problema: "Educación es lo que queda en el hombre cuando se le olvida lo que le enseñaron". Pero, ¿qué es lo que queda en el hombre después de qué...? Cuando una persona aprende (entiende) algo, en ese mismo instante desarrolla su capacidad o potencial para aprender; cuando una persona emplea sus habilidades de pensamiento y afectividad al resolver algo desarrolla su capacidad para pensar-sentir, y cuando enfrenta una tarea de aprendizaje en la que valora situaciones para tomar una postura ética, o decide, desarrolla su potencial para tomar decisiones, para decidir.

Así pues, parece que al estar aprendiendo lo que la sociedad demanda (ciertos conocimientos, habilidades y actitudes) se puede contribuir a mejorar al hombre como tal, si es que el estudiante al estar aprendiendo entiende, piensa y reflexiona.

De otra manera, la ruta filosófica sobre la educación evidencia tres dinamismos que distinguen esencialmente al hombre de otras criaturas, cfr. Savater (1988), UIA (1986) y Rugarcía (1998a):

a) Aprender. El hombre desde tiempos ancestrales ha mostrado su dinamismo a aprender sobre su grupo, familia o sociedad y sobre su entorno natural. El hombre aprendió a hacer y a controlar el fuego, a cazar animales, a rezar a su dios, a cultivar la tierra, a construir su vivienda, a hacer su vestido, a convivir o pelear con sus vecinos, a crear instituciones, a producir cosas, a explicar fenómenos naturales,... Lo que el hombre tiene que aprender hoy para vivir en su sociedad difiere de lo de ayer, pero la vocación de aprender siempre ha estado y estará ahí, en el ser humano. Unos aprenden unas cosas y otros otras, pero todo ser humano, por el hecho de serlo, aprende.

b) *Pensar-sentir.* El ser humano ha mostrado la cualidad de transformar su entorno para satisfacer sus necesidades básicas. Su inteligencia, creatividad, pasión y esfuerzo modificó la madera y la piedra para hacer la lanza y la flecha; integró la energía con el metal y otros materiales y creó el automóvil, la máquina de vapor, la polea, el avión, la imprenta, el papel, la televisión, el cine y muchas otras cosas que facilitan su transporte, comunicación y distracción; descubrió

el cambio químico y generó un sinnúmero de productos artificiales como el plástico, los polímeros, los medicamentos modernos, alimentos enlatados... para proveerse más fácilmente de alimentos, salud y vivienda; descubrió la electrónica y creó... para satisfacer sus necesidades. El hombre ha logrado todo esto por medio de su capacidad para pensar-sentir, es decir, de manejar crítica y creativamente el conocimiento disponible y su afectividad.

c) *Ejercer su libertad-decidir*. A veces en un ámbito reducido, pero al final de cuentas, todo ser humano toma decisiones, opta por una cosa o por otra, hace esto o aquello, aprende *a*, *b*, o no aprende, vive o se quita la vida... se interesa por eso o esto otro.

Atendiendo a sus circunstancias y antecedentes, el hombre concreto quiere esto o aquello, pero el hombre como tal sólo "quiere", tiene voluntad, cuyo agente existencial es la libertad de elección, de decisión, decide. El hombre tiende a elegir aquello que prefiere, que le conviene, que le satisface. Los hombres difieren en aquello que deciden, pero ningún hombre escapa del drama existencial de decidir. El no decidir es inclusive una decisión.

Este planteamiento implica un asunto serio y delicado en la educación, en la tarea práctica que perfecciona al hombre. Una institución educativa o un educador tiene la responsabilidad de mostrar, vivir y dialogar los valores en los que cree, pero al final de cuentas en cada ser humano está la decisión. El asunto que a la educación compete es el ambiente y el proceso que la persona sigue para decidir: a tientas y locas o conscientemente, pero no lo que decide.

Lo más complejo pero crucial de la educación es enseñar al hombre a tomar sus decisiones, es decir, a conjugar conocimiento, pensamiento, sentimiento y valor al decidir.

La educación, entonces, tiene que ver con potenciar los dinamismos establecidos: aprender, pensar-sentir y decidir. El hombre gana en humanidad, se perfecciona al desarrollar estos dinamismos y al mismo tiempo presumiblemente se prepara para vivir.

Lo que el hombre aprende, resuelve y decide orienta cierta actividad social, pero el desarrollo del potencial humano que al mismo tiempo sucede tiene un alcance general, sirve para lo que sea. La educación, así entendida, es al mismo tiempo una preparación general y especializada para enfrentar el futuro.

Sólo resta, a modo de resumen, integrar las dos respuestas acerca de la educación: la que se desprende de la sociedad y aquella que emerge de la filosofía.

Los planes de estudio, profesores y recursos promueven ciertos aprendizajes, es decir, conocimientos, habilidades y actitudes, que la sociedad espera de los egresados. Si en el empeño escolar el alumno entiende lo que aprende, si es capaz de manejar sus conocimientos y sentimientos al resolver un problema y si reflexiona seriamente al tomar una postura o decisión ética, al mismo tiempo desarrolla su potencial para aprender-pensar-sentir-decidir.

La consecuencia relevante de estos planteamientos es que en la interioridad humana lo que el sujeto cree que es verdadero, bello o bueno, se hace verdadero, bello o bueno en la existencia. De otra manera, la tarea educativa consiste en que el aprendiz realice cada vez mejor sus juicios científicos, estéticos y éticos. La educación busca a un hombre autónomo sensible al contexto.

Arte, deporte y educación

El pretérito de este escrito da cuenta de los tres conceptos involucrados en este apartado; aquí vamos a tratar de integrarlos.

Que desde el principio quede claro: el arte y el deporte tienen sentido o justificación en la institución escolar si dejan una huella educativa en las personas que participan. El arte y el deporte importan en sí mismos, pero en una escuela o universidad importa mucho más el desarrollo humano que puedan generar.

Este planteamiento resalta cierta postura humanista en torno al arte y al deporte en la educación. La obra de arte trata de sintetizar lo visible con lo invisible, pero quien lo sintetiza o no es el mismísimo sujeto.

La obra de arte no se muestra ante nuestros ojos sólo por placer o entretenimiento. Tampoco tiene por finalidad mostrarnos la apariencia evocadora o una ilusión mimética. Su finalidad educativa exige un esfuerzo de "lectura" de quien lo observa, cuando menos tan firme como el de quien hizo la obra. La obra de arte es una especie de libro de texto.

Una educación artística o deportiva no implica la enseñanza de un arte en particular; es una invitación de un pensamiento totalizador transpersonal, que confía en la capacidad de desarrollo de la persona entera, fomentando la autonomía trascendente del ser humano por sobre la autoaceptación complaciente de sí mismo (Fregtman, 1990).

La actividad deportiva no tiene aulas, pero sí canchas, vestidores, baños, viajes en autobús, cuartos de hotel, campeonatos, torneos, derrotas, triunfos y tantas otras cosas que hacen de lo deportivo un fabuloso creador de ambientes propicios para el encuentro con el otro, (Gómez Farías, 1998). Encuentro educativo diríamos aquí.

Mi tesis fundamental, dice Anaya (1996), es que la pérdida del hombre en el arte reciente es prenuncio de su pérdida más global y consciente en nuestra realidad actual. Si el otro aparentemente ha escapado de las manos del artista, también lo ha hecho de aquellas del maestro.

El arte, continúa Anaya, por su naturaleza misma, ha sido un manifestador excelente del hombre integral y de su realidad. El arte habla del hombre, pero también habla al hombre si, como se espera de todo arte auténtico, emplea un lenguaje artístico que puede ser captado por el contemplador. El arte, o dice algo del hombre relevante al hombre, o no dice nada... y no es arte. Valga lo mismo para la educación: o transforma de cierta manera al hombre o no es educación.

Una vertiente poco estudiada en la educación es la huella que deja o debe dejar tanto la actividad creadora como deportiva de los alumnos. Aquí se ha sugerido que esa huella es o debe ser educación. Vale la pena resaltar que para la educación más que el producto artístico o el resultado deportivo importa cómo se logren.

Luis Mariano Aceves (1997) explica que

> aunque no lo parezca, porque las urgencias diarias y el espejismo del progreso nos producen miopía, la tarea principal en la vida sigue siendo la misma: aprender a formularse, cada vez con mayor claridad, la pregunta ¿quién soy yo?, a partir del testimonio de los otros, a través del arte. Tarea sin fin, que será posible cumplirla únicamente si me muestro al otro una y otra vez, o si me expreso. Si me ex – pongo. Si me pongo afuera, a merced de la mirada y del toque del otro.

¿Valdría lo mismo para el deporte?

Fregtman (1990) esboza una dimensión educativa del arte: "Nun-

ca es demasiado pronto para iniciar una educación creativa". Nunca es demasiado tarde...

Si me preguntas cómo encontrar el espíritu educativo del arte, te diría que mirando un árbol con paciencia, caminando descalzo por la hierba, tocando, oliendo, acariciando, preparando una armoniosa comida, danzando al sonido de la lluvia, llorando y riendo, fomentando el pensamiento divergente, equivocándose, errando y volviendo a empezar, permaneciendo en silencio. Pruébalo con tu alumno, con tu discípulo, con tu aprendiz. Así se teje la trama de una relación educativa, a través de la acción creadora de los discípulos.

Si me preguntas cómo encontrar el espíritu educativo del deporte, te respondería que pateando o manoteando un balón, desarrollando habilidades motrices y actitudes de servicio a los compañeros de equipo; reflexionando sobre estrategias de juego; observando y conociendo tanto a compañeros como a rivales; desarrollando habilidades críticas y creativas; aprendiendo a manejar los sentimientos; discutiendo crítica y humildemente ante el video de un juego pasado; desarrollando actitudes de compasión ante un rival más débil y de coraje y superación ante otro más fuerte. Así se ata el nudo deporte-educación, por medio de la acción deportiva de los estudiantes.

Durero (en Schuster, 1997) establece que "todo ser humano tiene en su propia mano la posibilidad de hacerse a sí mismo lo que quiere ser". La educación le da las "bases" para que esto suceda. El quehacer deportivo y la participación artística son o, mejor dicho, pueden ser estrategias educativas.

Todas estas expresiones insinúan una relación del arte y el deporte con el crecimiento humano, al tiempo que perfilan la diferencia entre el artista-deportista y el educador. Con suma frecuencia se observa que excelentes jugadores de un deporte son pésimos entrenadores y viceversa. ¿Lo mismo podría decirse de los artistas y los maestros de arte?

El papel del artista y del deportista puede ser el de un contemplador que expresa lo que contempla y se expresa a sí mismo porque en el modo de contemplar se funde con el objeto o la buena jugada. El papel del maestro es educar, persiguiendo una filosofía educativa u otra, pero educar; es más, aunque no quiera, educa, pero es una lástima que en evento tan relevante se tenga al sentido y a la voluntad en un rincón.

Por ello es que Aceves (1997) dice que "la fuerza liberadora de la experiencia estética llena de miedo a quienes sólo pueden vivir en el estreñimiento espiritual que significa controlar a los demás". Resalto que se habla de experiencia estética, no de obra de arte. Lo mismo podría distinguirse del deporte y la experiencia deportiva que educa, que transforma, que impacta positivamente de por vida.

El *quid* de la relación entre arte, deporte y educación es que la persona que lo experimente o practique no sea la misma después de ello, que haya ganado en humanidad, que se haya capacitado para enfrentar la vida.

Conclusiones

Lo exclusivo del arte y lo popular del deporte tienen un potencial educativo enorme en estos tiempos en que priva la no-educación, la instrucción y el mundo frío de una racionalidad científica.

El artista y el entrenador no tienen nada que hacer en la institución educativa, sea en una clase, una cancha, un taller o una publicación, si no están formados como educadores, lo que implica un deseo o una vocación de serlo. Los hombres sólo alcanzan las alturas ayudando a otros hombres a alcanzarlas.

Por supuesto que el arte y el deporte tiene otras finalidades válidas y relevantes para sus productores y espectadores, pero en la tarea educativa...

Educar es un arte, un deporte. El arte, el deporte de crear una persona íntegra o educada, es decir, preparada para enfrentar su vida, humanizada.

¿Acaso los maestros saben que llevan consigo el "beso de la muerte", que torna insípido todo cuanto tocan, y entonces se niegan sabiamente a tocar o enseñar cualquier cosa que posea importancia para la vida real? ¿O es que portan el "beso de la muerte" porque no se atreven a enseñar nada de importancia para la vida real? G. Bateson en Fregtman (1990).

El arte o el deporte no son un fin en sí mismo en un ambiente educativo sino un medio para el desarrollo humano que prepara para vivir. Es sólo eso: un recurso, una alternativa educativa.

Si la obra de arte o la práctica deportiva integraran en una misma expresión todos los niveles de la persona humana se convertirían en un testimonio totalizante y vivo: en un sello de la posibilidad de servir y de expresarse; de dar, de darse, constituyéndose de esta manera en un chispazo educativo.

Hacer del arte, del deporte, de las matemáticas, de la religión o de cualquier otra ciencia o disciplina un dios a quien venerar es una de las causas principales de la deserción escolar, de la defunción educativa.

Lo que el niño y el joven necesitan en esta época es personas real y honestamente preocupados por ellos y no conocimientos, técnicas y expresiones que se les impongan. La tarea educativa demanda más bien compasión que imposición, mejor entrega que reclamo.

Por ello, lo ideal para la educación es un artista/deportista-educador. Pero es mejor un educador sensible al arte o al deporte que un artista o deportista egocéntrico o soberbio.

Si bien se puede afirmar que el arte o el deporte que no expresa humanidad no es arte ni deporte, también es válido concluir que la experiencia deportiva o estética que no deja huella de humanidad, que no capacita para enfrentar la vida, no es educativa.

Si el arte y el deporte escolar no se vinculan al desarrollo humano encontrarán en las mazmorras de la pedagogía muy pronto su lugar; pero si se vinculan pueden contribuir a rescatar la educación del panteón de la pedagogía.

Referencias

ACEVES, L. M., "Libertad y crecimiento por el arte", *Prometeo,* núm. 14, UIA-Sta. Fe, primavera 1997.

ANAYA, Gerardo, "Arte y postmodernidad", *Umbral XXI*, número especial, UIA-Sta. Fe, otoño 1996.

Enciclopedia Salvat de historia del arte, T. II, p. 123, Salvat, México, 1979.

FREGTMAN, C., *Música transpersonal*, Kairos, Barcelona, 1990.

FULLAT, O., *La agonía escolar*, Humanitas, Barcelona, 1986.

GOICOECHEA ROMANO, C., *Diccionario de citas*, Labor, SA, Barcelona, 1952, p. 42.

GÓMEZ FARÍAS, G., ¿Por qué el deporte educa?, referencia no disponible, 1998.

JOHNSON, M., *Moral imagination*, The University of Chicago Press, Chicago, 1993.

Escritos de Carlos Mérida sobre arte: el muralismo, Col. Artes plásticas; Serie investigación y documentación de las artes; investigación, selección de textos y cronología de Xavier Guzmán *et al.*, INBA; CENIDIAP, México, 1987.

ROVALO, F., "Desarrollo humano y diseño: agenda", *Prometeo,* núm. 14, primavera 1997, pp. 27-32.

RUGARCÍA, A., "Educación y sociedad", *Magistralis*, núm. 14, UIA-GC, primavera 1998.

_____, "El culto al conocimiento y la crisis en la educación", *Extensiones*, Vol. 2, núm. 1, Universidad Intercontinental, 1995, pp. 35-43.

_____, "La educación para el siglo XXI", por publicarse en la revista *Renglones*, ITESO, 1998 (a).

_____, "La evaluación del CHA", *Educación química*, marzo-abril 1998 (b), pp. 103-106.

SAVATER, F., *Ética como amor propio*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1988.

SCHUSTER, P., "El hombre, creador de sí mismo: Durero y Beuys o la profesión de fe en la creatividad", *Elementos* núm. 26, vol. 4, 1997, pp. 55-59.

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA, *Filosofía educativa*, México, 1986.

WINTHER, R., *Comunicación personal,* Marquette, Wisconsin, julio 1998.